

CORTES GENERALES

DIARIO DE SESIONES DEL

SENADO

COMISIÓN ESPECIAL SOBRE REDES INFORMÁTICAS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. ESTEBAN GONZÁLEZ PONS

celebrada el martes, 3 de noviembre de 1998

ORDEN DEL DÍA:

Comparecencias, para informar sobre la materia objeto de la Comisión, de:

- Don Julio Seoane Rey, Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia (Número de expediente 713/000664).
 - Don José Manuel Morán Criado, miembro del Consejo Económico y Social (Número de expediente 715/000251).
 - Don Carlos A. Velasco Núñez, representante de Information Society disAbilities Challenge (ISdAC) (Número de expediente 715/000252).
-

Se abre la sesión a las diez horas y cuarenta minutos.

El señor PRESIDENTE: Buenos días. Se abre la sesión.

En primer lugar, vamos a proceder a la aprobación de las actas de las sesiones anteriores celebradas los días 19 y 20 de septiembre. Dichas actas han sido previamente repartidas a los miembros de la Mesa y a los portavoces de los grupos parlamentarios, por lo que pregunto a sus señorías si pueden aprobarse por asentimiento. (Pausa.)

Quedan aprobadas.

— COMPARECENCIA DE DON JULIO SEOANE REY, CATEDRÁTICO DE PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA (713/000664).

El señor PRESIDENTE: A continuación vamos a proceder a celebrar la comparecencia de don Julio Seoane Rey, Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia.

Me gustaría decir a sus señorías que si alguna vez hubo algún Senador en particular al que se le ocurriera la idea de crear una Comisión de estas características, ello debió suceder sin ninguna duda, si es que sucedió, con motivo de una conversación con don Julio Seoane Rey. Por eso tiene tanto interés, en mi opinión, la comparecencia que hoy se celebra.

Tiene la palabra el Profesor Seoane.

El señor SEOANE REY (Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia): Señor Presidente, muchas gracias por sus amables palabras.

Voy a ver si soy capaz de realizar en breve tiempo la aportación que puedo hacer a esta Comisión.

Señorías, he seguido desde el principio con mucho interés sus trabajos en esta Comisión y pienso seguir pendiente de lo que ustedes hagan, no ya personalmente acercándome por aquí en la medida en que sus señorías lo deseen, sino también a través de Internet, desde donde he seguido puntualmente todas las aportaciones que ustedes han hecho en esta Comisión y desde donde seguramente seguiré las que puedan hacer de aquí en adelante.

Voy a intentar ser terriblemente esquemático ya que los profesionales de la enseñanza tenemos un problema, y es que vivimos prácticamente de hablar. Esto quiere decir que si nos dejamos ir un poco, podemos hablar durante mucho tiempo, quizá excesivamente, y mucho más en lo que se refiere a los profesores de la Universidad de Valencia ya que damos seis o siete horas de clase diarias en algunas Facultades, con lo cual nos convertimos en máquinas parlantes, cosa que se convierte en un defecto a la hora de hablar después en público.

Voy a intentar exponerles un argumento muy simple, muy sencillo, que haré a toda pantalla, por decirlo con una metáfora de Internet. Lo presentaré desde el principio para que no haya problemas de seguimiento, y después pincharemos algunos aspectos de ese argumento para navegar un poco, no mucho, alrededor de él, y llegar posteriormente a las conclusiones. A continuación me pondré a su disposición para poder aclararles aquello que sus señorías deseen.

El argumento es sencillo. Me gustaría poder concebir, poder enseñar Internet como una extensión o como una prolongación de la sociedad actual, no como una tecnología ni siquiera como un sistema de comunicación, sino como una prolongación, como una extensión de la sociedad actual —repito—, en donde aparecen representadas las características más peculiares y más poderosas de esa sociedad actual. Creo que Internet supone el comienzo de una nueva sociedad —lo cual se ha repetido mucho—, pero no tanto porque Internet revierta sobre la sociedad, sino porque ésta estaba cambiando de tal forma que necesitaba crear Internet, y entre ambas se ha establecido una especie de interacción que potencia con mucho la rapidez de cambio de la sociedad actual.

Permítanme una metáfora para expresar mejor este argumento, que va a ser el único que voy a desarrollar en toda la comparecencia. Ustedes recordarán sin duda a un autor, Alexis de Tocqueville, que escribió «La democracia en América» en el siglo pasado, libro que se publicó aproximadamente en 1835. Pues bien, para escribir esa obra el autor realizó un viaje largo por Norteamérica durante un año o dos, no lo recuerdo con exactitud, en el que fue recorriendo los centros más importantes y en el que se paseó por los principales Parlamentos para ponerse al día y para tomar notas de lo que ocurría. Un año después empezó a escribir «La democracia en América», uno de los libros más importantes que se han escrito sobre hábitos, actitudes democráticas y sobre el comienzo de la sociedad democrática de la época. Repito que estuvo un par de años viajando por Norteamérica tomando notas. Pues si algún autor actual pretendiera hacer lo mismo, si un nuevo Tocqueville intentara escribir ahora «La democracia en América», que ahora se llamaría «La democracia occidental», más que viajar lo que tendría que hacer sería conectarse unos cuantos cientos de horas con Internet. Viajando por Internet podría volver a reescribir una obra sobre la democracia occidental en la que aparecieran las actitudes, los hábitos del corazón —como decía Tocqueville—, los sentimientos, la manera de enfocar la sociedad actual. Ése es el argumento: en Internet hay una maqueta, un mapa, una representación de los aspectos más poderosos de la sociedad actual.

Voy a pinchar en el argumento desarrollándolo un poco, si les parece a sus señorías.

Es ya un lugar común decir que todos los antropólogos han planteado que la mayor parte de las cosas materiales que ha hecho el hombre son prolongaciones o extensiones de lo que antes hacía con su cuerpo. Podemos decir que la piedra prolonga el brazo, que el vestido prolonga el mecanismo biológico de regulación, que incluso la bomba atómica o la revolución industrial han sido prolongaciones y extensiones sucesivas que antes el hombre hacía con su cuerpo.

Realmente la expresión prolongaciones o extensiones no es muy exacta ya que en el fondo el hombre se extiende o se prolonga de una manera muy especial. La piedra o el proyectil no solamente son una extensión del brazo como arma, sino que, además, extraen la función principal: atacar. La rueda realiza la función de transportar y el vestido realiza la función de regulación de la temperatura en otros

casos, de tal forma que todo ello simplifica la función que se tiene que realizar, la refuerza y la potencia. Cada cosa que extendemos nosotros la extendemos de tal forma que simplificamos la función y la potenciamos.

Un antropólogo conocido decía: el pedernal dura para siempre; el cobre para una civilización; el hierro durante generaciones; el acero solamente dura para una vida. El acero es mucho más funcional que el pedernal, cumple mejor su función, pero temporalmente es más limitado. Pues bien, Internet ni tan siquiera dura porque se está renovando a cada momento. Es un tipo de tecnología que prácticamente no existe si no se renueva con nuevos conocimientos, con nuevas aportaciones, etcétera. Internet es un tipo de extensión más característica que las primeras extensiones que hizo el ser humano con el cuerpo. Podríamos distinguir tres grandes etapas: al principio, y durante mucho tiempo, el hombre se limitó a prolongar la vista, el brazo o las piernas con tecnologías; eso dura miles de años y el gran cambio que vamos a realizar en nuestra sociedad va a ser en la Segunda Guerra Mundial, pues es a partir de entonces cuando ese tipo de extensiones se hace insuficiente.

En la Segunda Guerra Mundial por primera vez se pone de manifiesto que la tecnología y la razón se pueden poner al servicio de la destrucción humana. El poder que adquiere el hombre es tan terrible que empieza a plantearse la necesidad de una nueva tecnología, de una nueva extensión para controlar ese poder que tiene en sus manos; es alrededor de la Segunda Guerra Mundial cuando aparece la necesidad de crear computadores. El computador aparece por muchas razones, pero fundamentalmente surge como necesidad para integrar la velocidad de proyectiles, de máquinas, de instrumentos que van tan rápidos que el sujeto humano no puede controlar. Abrumado un poco por lo que ha hecho, asustado por el poder que tiene —50 millones de muertos aproximadamente en la Segunda Guerra Mundial—, la necesidad de construir unos aparatos que puedan integrar y que puedan controlar de alguna forma algo que se nos está escapando de las manos hace que —repito— alrededor de esos años comiencen a aparecer los primeros aparatos electrónicos, pues aunque tienen antecedentes su necesidad surge, insisto, en la sociedad de los años cincuenta, y es a partir de entonces cuando empieza la era electrónica. Esa época, la época de los ordenadores —que es, por así decirlo, la segunda etapa de las grandes extensiones del hombre, de las grandes prolongaciones tecnológicas del hombre— va a durar en su desarrollo hasta los años setenta aproximadamente.

Esa prolongación del cerebro como una prolongación de la mente humana, ese computador con un cerebro artificial, es en el fondo un producto del sujeto humano, lo hace a su imagen y semejanza: le pone memoria a corto plazo y una memoria a largo plazo, le pone una pantalla para ver, le pone unas prolongaciones para entrar datos y sacarlos, en definitiva, construye un tipo de artefacto que solamente el hombre occidental podría construir, por lo menos con esas características, porque lo que hace es proyectar en él las características que tiene un sujeto humano.

Esto hace que, por otro lado, los computadores estén en una simbiosis muy cercana con los sujetos: entra muy bien

en la sociedad, al principio para investigar pero, poco a poco, como ustedes saben, prolongándose en todos los hogares, en todos los sitios, con una gran facilidad.

A partir de los años setenta surge algo nuevo. A partir de los años setenta, como ustedes saben, surge un tipo de sociedad nueva que ha sido catalogada de muchas maneras: como una sociedad de servicios, como una sociedad postindustrial, con unos valores postmateriales, con una cultura postmoderna... Llámelo ustedes todo lo post que quieran, pero a partir de los años setenta por primera vez en la sociedad occidental hay más gente dedicándose a atender a los demás que a producir o a transformar; en los años setenta por primera vez hay más gente ganando su sueldo en educación, en sanidad, en administración, que extrayendo cosas, que transformando productos. La sociedad de servicios se convierte en una sociedad de atención a los demás, una sociedad donde el lenguaje es muy importante, la comunicación es muy importante, el aspecto personal es importante, porque en educación, en sanidad y en administración vamos a tratar con otras personas. Es cuando empiezan a tener mayor relevancia las características femeninas: comunicación, aspecto personal, sensibilidad... Es la nueva sociedad que surge en los setenta y que hace necesaria la extensión de esos ordenadores a un contacto entre ellos, a un tipo de tecnología, a una extensión social que más adelante se va a llamar Internet.

Los años setenta promueven la aparición de una prolongación de la actividad humana —actividades sociales fundamentalmente— interconectando entre sí los ordenadores. Eso no va a ocurrir hasta los años ochenta, pero la tecnología existía desde hacía mucho tiempo. Es curioso cómo a veces las técnicas existen durante grandes períodos de tiempo pero hasta que la sociedad no determina que es necesario que aparezcan no surgen. En los años setenta yo manejaba en el departamento de la Universidad de Valencia del Profesor Garrido —a quien ustedes han tenido aquí compareciendo hace unos días—, como joven profesor que era entonces y formándome con él, unos ordenadores, unas terminales que se ponían en contacto telefónico con Madrid, adonde enviábamos datos y nos contestaban con esos datos elaborados, que es la técnica de Internet. Estamos hablando de principio de los años setenta y no era necesario todavía Internet; la tecnología estaba ahí, el teléfono hacía el típico ruido y rumor de budios transportados por teléfono y, sin embargo, no surgió todavía porque es a finales de los años setenta y ya en los ochenta, cuando la sociedad dice: necesito comunicarme a través de ordenadores; el ordenador aislado, ese cerebro humano puesto ahí delante de mí, se queda solipsista, se queda en algo absolutamente metido dentro de sí mismo y necesito interconectarlo, necesito tener una sociedad de servicios a través de la electrónica; es entonces cuando surge Internet como una necesidad y como una prolongación de la sociedad.

Sociedad y redes es, quizá, lo que caracteriza fundamentalmente los años ochenta hasta la actualidad. Ese nuevo Tocqueville que yo les decía al principio tendría que meterse en esas redes para conocer un poco cuáles son nuestras costumbres actuales, cuáles son nuestras nuevas sensibilidades, la manera de relacionarnos con los demás.

El tipo de conocimiento que tenemos empieza a estar depositado en Internet, más que ahí fuera se hace a través de unas redes de información.

¿Qué observaría ese nuevo Tocqueville a través de Internet? Observaría que está naciendo algo nuevo, por un lado, y que, desde luego, lo que está naciendo sigue la misma línea que la famosa obra «La democracia en América», de 1835, que había escrito. Digamos que la sociedad actual es un paso más allá de ese sistema abierto o democrático que él entreveía a mitad del siglo pasado, y poco a poco iba a observar una serie de hábitos, de actitudes, de creencias que son típicas de nuestra sociedad. ¿Cuáles serían? Permítame que les haga un paralelismo entre la sociedad actual y lo que pasa dentro de Internet a través de unos grandes factores, de forma resumida.

Tanto en Internet como en la sociedad actual existen unos estilos de vida comunes, se están desarrollando unas actitudes sociales comunes y un tipo de relaciones interpersonales características tanto de la sociedad como de Internet y de una forma absolutamente paralela. Vayamos un momento con lo primero, estilos de vida.

En la sociedad actual —y verán ustedes cómo en Internet exactamente de la misma manera— se están desarrollando unos estilos de vida que muchos caracterizan como una sociedad a la carta, es decir, donde hay menús, donde hay posibilidad de elegir en una oferta amplia, y cada no pincha, elige, hace un perfil de sus propias necesidades, sea en educación, sea en tipo de familia, sea en tipos de diversión. La sociedad actual lo que desea, el estilo de vida que más promueve es: déme usted ofertas, déme usted cartas, que yo elegiré lo que sea más peculiar para mí, y, por favor, no me coaccione, no me empuje hacia un tipo de necesidad o hacia otra, yo elegiré lo que más oportuno sea.

Internet es lo ideal. En Internet tenemos siempre amplios menús, grandes posibilidades, grandes barajas de alternativas donde cada uno de nosotros puede ir seleccionando y haciendo un perfil de lo que más nos interesa. Pero además de ello, dentro de los estilos de vida actuales, los que nos dedicamos a estudiar la sociedad sabemos que se valora mucho la espontaneidad, que la gente no se autocontrole mucho, que sea natural. La frase más característica sería: hay que ser absolutamente uno mismo, hay que ser tal como quieres tú ser, no estés pendiente tanto de los demás, manifiéstate tal como eres. Si en algún sitio se puede hacer eso es en Internet: en Internet cada uno se presenta como quiere, pone sus colores preferidos, habla de la manera peculiar que quiere, pone una página web a su estilo... La espontaneidad es una de las características de Internet, como lo es de la sociedad actual.

Sociedad a la carta, espontaneidad, naturalidad y participación social. La necesidad no sólo de votar cada cuatro años, sino de participar en todos los sitios de la vida social, de meterse e introducirse en todos los ámbitos de gobierno y de organización social, es algo absolutamente prioritario para la sociedad actual. Internet lo potencia al máximo. Hoy he leído en la prensa la necesidad de que todos sepamos todo, de que todos estemos en conocimiento de todo. Esa frase sería una especie de resumen bastante aceptable de lo que es Internet actualmente: que todo el mundo

pueda saber y estar informado de todo y participar activamente de todo.

Sociedad a la carta, espontaneidad y participación social sería lo que un sociólogo actual diría que es el estilo de vida de la sociedad de las generaciones más jóvenes. ¿Dónde pueden desarrollar eso? Fundamentalmente en Internet, porque Internet es un producto de la sociedad actual.

Aparte de los estilos de vida, estarían las actitudes sociales. ¿Y qué actitudes se desarrollan en la sociedad actual hacia nuestra cultura, hacia la forma que tenemos de ver nuestra propia sociedad, el conocimiento, etcétera? Por resumirlo al estilo Internet, entre las actitudes sociales que se promueven actualmente se encuentra, en primer lugar, el individualismo. Pero se trata de un individualismo muy peculiar, muy característico, interconectado con todo, que está globalizado. En el fondo la idea es muy sencilla: si cada día hacemos más pequeño el tiempo y contraemos más el espacio, las distancias cada día son más cortas, manejamos el tiempo con más rapidez y el individuo se siente absolutamente saturado o penetrado por todos los demás. Es decir, cualquier persona que se mime a sí misma, que esté pendiente de su propio ego, en Internet puede estar en contacto con todo el mundo, puede estar en cualquier momento en cualquier parte del mundo. Por tanto, como digo, se trata de un individualismo muy especial, no es aquel clásico de la persona que se aísla, sino que es un individuo saturado. Como algunos autores actuales lo definen en los libros, se trata del yo saturado, del ego saturado, de la persona saturada y penetra por la información.

En segundo lugar, otra actitud social sería la de un cierto fatalismo, y no me gustaría que esto se interpretara como algo negativo, por lo que espero que sean benévolos con mi manera de expresarme. Hablo de fatalismo en el sentido de que actualmente a nadie le gusta controlar mucho las cosas y ya no están de moda las grandes revoluciones. Por tanto, la idea de que en cualquier momento podemos cambiarlo todo también ha pasado un poco de moda, y la actitud social de las nuevas generaciones estriba, en cierta medida, en pensar que las cosas son como son, que podemos cambiar algunas que sean peculiares, pero no todas. ¿Por qué? Porque lo contrario es muy complicado, porque hay que tener en cuenta muchos factores y porque todo tiene su propio ritmo. Por tanto, existe una gran estabilidad según la cual podemos modificar algunos aspectos, pero nunca podemos dar la vuelta a todo de repente.

Como decía, eso implica un cierto fatalismo, porque se puede pensar: no me gusta completamente la sociedad actual, pero yo no voy a cambiarla. Y como los grandes líderes y movimientos revolucionarios de momento han pasado de moda, eso también significa que a una persona que se encuentre en Internet en ningún momento se le ocurre intentar cambiar nada fundamental de la red. Nadie que entre en Internet quiere modificar o controlar a los demás. Por tanto, ese miedo a que los gobiernos o las agencias controlen Internet está fuera de época, es un miedo poco moderno, poco actual, porque nadie puede controlar Internet. Dicho de otro modo: nadie puede controlar del todo la sociedad actual, porque Internet y la sociedad —y ésta es

precisamente la tesis que estoy manejando— son lo mismo. Insisto, pues, en que esos miedos son anticuados, clásicos, no actuales.

Por último, aparte del individualismo y de un cierto fatalismo muy sano, entre las actitudes sociales se encuentra una concepción técnica del conocimiento. No sé si será bueno o malo —me da igual—, pero lo cierto es que está desapareciendo el conocimiento clásico o tradicional, que cada día se confía más en la técnica y, desde luego, Internet es la gran enciclopedia actual. Si en algún momento los científicos intentaron hacer una enciclopedia unificada de las ciencias, a base de once o doce tomos uno detrás del otro, y no lo consiguieron, podemos decir que actualmente Internet, aunque no sea una enciclopedia, es una especie de magma de conocimiento donde todo el mundo puede acceder a cualquier tema en cualquier momento. Como saben, esa concepción de grandes bases de datos interactivas está cambiando mucho el mundo de la educación, del periodismo y de la información en general, y está provocando grandes roces y problemas, sobre todo, entre los profesionales de la enseñanza, que tienen que adaptarse a un estilo y modo nuevos. En cualquier caso, la actitud hacia un conocimiento más tecnificado y menos humanista y tradicional es un hecho, tanto en la sociedad actual, como en Internet, que la representa.

Hemos hablado de estilos de vida, de actitudes hacia la sociedad —que representan tanto a la sociedad como a Internet—, y por último me gustaría hacer mención de las relaciones interpersonales. Los estudiosos de la sociedad actual saben que hay una serie de características muy peculiares de la forma de relacionarnos en la actualidad que se contraponen bastante a los modos de hace veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años. En primer lugar, casi todo el mundo destaca que en los momentos actuales existe un cierto egocentrismo emocional —y pido perdón por la palabra—, una actitud consistente en estar pendiente de las propias necesidades y afectos, de forma que la persona se relacione con los demás sin que le hagan daño. Digamos que si hace unos años estaban de moda las relaciones muy profundas y románticas, las grandes amistades, los grandes amores, etcétera, en la actualidad se promueve en mayor medida el mantener muchas relaciones emocionales más superficiales, es decir, algo que no haga daño, que no sea tan profundo, y que por otro lado pueda tener su propio menú, su propio perfil, y se pueda cambiar con cierta rapidez sin grandes traumas emocionales. Como digo, ese egocentrismo emocional, esas relaciones múltiples y variadas —repito, a nivel de interacción en general— son más superficiales, menos comprometidas, y algunos las han denominado en la literatura técnica como relaciones microondas: breves pero intensas, que son muy características de la sociedad actual.

Y si eso es típico de la sociedad actual, Internet es la quintaesencia de ese tipo de relaciones. Así, podemos vernos o intercambiar información personal con todo el mundo, y podemos tener cierta afectividad hacia algunos otros internautas a través de diálogos o charlas por Internet, pero nunca se trata de nada definitivo. Se pueden cambiar con rapidez los perfiles, las áreas en las que tenemos

amigos, e incluso se pueden ampliar con mucho nuestros aspectos emocionales, porque la segunda característica de las relaciones interpersonales sería un cierto consumismo personal. Con esto quiero decir que en la época de nuestros abuelos el número de personas que se podía conocer al final de la vida no alcanzaba a aquel con el que nosotros podemos conectar actualmente durante una semana. Antes se conocía a poca gente —por ejemplo, en el pueblo— y se trataba de un conocimiento relativamente limitado, y para toda la vida, en el que las relaciones eran muy profundas. Sin embargo, en la actualidad, aparte de tener más contactos en la ciudad, a través del teléfono, más tarde, del fax y actualmente de Internet, como digo, en una semana podemos mantener algún tipo de contacto con muchísimas más personas que aquellas con las cuales se relacionaba uno de nuestros antepasados durante toda su vida. Y eso tiene que hacerse a costa de algo, porque nuestra reserva emocional tiene un límite; por tanto, si se reparte entre tres personas las relaciones con éstas tendrán una gran carga emocional, pero si eso se hace entre varios cientos o miles, existirá menos carga emocional.

Asimismo, existe un cierto consumismo en la manera de conectar con los demás y de acceder a distintas culturas. Viajamos mucho, e Internet es el viaje por excelencia. Conectamos con otras bibliotecas, costumbres, religiones, formas de sanidad, de cuidar el cuerpo, etcétera, y hasta ahora eso se hacía a través de viajes, pero cada día se hará en mayor medida a través de Internet, porque es el viaje más instantáneo que se puede organizar en la sociedad actual.

Hemos hablado de la existencia de egocentrismo emocional, de un cierto consumismo de culturas y personas y, cómo no, la tercera característica de las relaciones interpersonales es el narcisismo, que tanto se menciona en la actualidad. Es muy típico el que las generaciones actuales, fuera y dentro de Internet, cuiden continuamente su propia imagen, estén pendientes de su apariencia para relacionarse con los demás, cuiden mucho su aspecto, tipo y atractivo personal para tener éxito en sus pandillas y relaciones, y eso también es típico y característico de Internet, donde cada uno construye su propia apariencia. Al fin y al cabo, ahora la gente joven acude a las tiendas, e incluso recurre a los médicos, para esculpir su cuerpo o dar una cierta imagen, pero en Internet se puede construir de forma fácil e instantánea la imagen de cada uno. Así, se están llevando a cabo experiencias a través de Internet intercambiando hasta el sexo, es decir, aparentando que una persona es un hombre cuando es una mujer, o viceversa, etcétera. Como se dice hoy en día, la gente está dirigiendo su propia película, está construyendo su propia apariencia y dejándola ver en Internet para poder relacionarse con los demás. Por tanto, si el narcisismo es característico de la sociedad actual, en Internet se puede potenciar en grado máximo, con todo lo bueno y lo malo que eso puede conllevar, sin duda.

Para concluir diré que, como ya les he comentado, considero que mi aportación a esta Comisión es que cambie el concepto de Internet para que no se vea como una tecnología o un producto que está ahí y que tiene importancia para

la sociedad actual, sino sencillamente como algo que se hace dentro de la sociedad, que la representa, y que supone una especie de maqueta o modelo de la sociedad actual. Internet no es una tecnología, es una extensión muy especial, es un mapa. ¿Se puede estudiar la sociedad actual estudiando sencillamente Internet? Dudo mucho que una Comisión de Redes Informáticas como la de ustedes se limite exclusivamente a estudiar aspectos técnicos de Internet. Yo me temo —y me alegra— que cualquier evolución o fragmentación que puedan tener comisiones como la que tan inteligentemente han puesto ustedes a funcionar se irán diversificando en muchos aspectos de la sociedad: aspectos económicos, educativos, de relaciones interpersonales o de problemas de intercambio de imágenes o conductas morales, etcétera. En el fondo y al final cualquier Comisión que estudie Internet lo único que está haciendo es estudiar la sociedad actual. Ésa es la imagen que yo quería darles.

Voy a exponer dos rasgos finales y les prometo que termino mi exposición.

Intentar hablar del presente y del futuro de Internet es una actividad casi inútil o muy arriesgada, porque es hablar del presente y del futuro de la sociedad actual. Si actualmente es difícil hacer previsiones de lo que va a ser la sociedad actual dentro de 15 años, igualmente lo es intentar suponer lo que va a ser Internet dentro de 15 años. Pasa exactamente lo mismo.

Sin embargo, se pueden hacer algunas elucubraciones. Sólo estamos en el comienzo de estas redes, de este nuevo tipo de sociedad que está apareciendo ahora. Yo supongo —aunque es muy polémico— que dentro de poco existirán muchas más redes que Internet. Esa polémica sobre si solamente existe un Internet o si aparecerá Internet II, etcétera, yo creo que es muy típica. Lo mismo ocurrió cuando apareció la televisión, que se discutía sobre si había sólo un canal de televisión o dos. Al final, habrá múltiples redes de Internet, una red de redes con múltiples soportes —no sólo el teléfono, vía televisión, o vía satélite—, con muchas redes que internamente tendrán que estar interconectadas entre sí, con lo cual, tendremos otra vez una sociedad a la carta de redes, donde cada uno podrá hacer su propio perfil en función de sus posibilidades y de sus contactos.

También supongo que nuestros hábitos van a cambiar completamente. Por ejemplo, una cosa es hablar en una conferencia, otra cosa es hablar por radio, donde uno le da más importancia a la voz, la pone más engolada o hace más espacios para provocar impactos en las audiencias, y otra cosa muy distinta es estar delante de la televisión, donde uno cuida más su chaqueta, su arruga o mira más a la cámara, para tener buen impacto; pero ahora hablamos de Internet. En estos momentos no estoy sólo hablando para ustedes, sino que lo que ocurre en esta sesión, en este rincón, sale absolutamente todo en Internet. Por tanto, las técnicas para hablar en Internet tienen que ser distintas que las de radio o televisión, y poco a poco nuestro discurso irá cambiando.

Evidentemente, yo no soy un técnico ni un especialista en comunicación por Internet, pero sí al principio les dije

que iba a hablar a toda pantalla, que íbamos a hacer un argumento muy plano, muy sencillo y que iba a pinchar partes de ese argumento, estaba haciéndole un guiño a la comunicación por Internet. Poco a poco estos hábitos tendrán que ir cambiando.

Una de las cosas que habrá que atender con mucho cuidado es a los excluidos, a los que no están dentro de Internet, a los que, poco a poco, aún ampliando mucho las redes, queden fuera. Me refiero a las fronteras de nuestra cultura occidental y a mucha gente que está intentando entrar en ella y no lo consigue, arriesgando a veces su vida y haciendo grandes heroicidades y aventuras para penetrar en ella. El sistema de penetración del inmediato futuro va a ser Internet. De alguna forma, los países que nos rodean y que intentan entrar en nuestra sociedad tendrán que pinchar alguna vez Internet, de forma legal, paralegal, pirata o como quieran ustedes, penetrar en nuestras redes y experimentar con nuevos fenómenos, aportando nuevas culturas, nuevas experiencias, que irán reformando nuestra propia cultura. La invasión de fuera, la penetración de la cultura de fuera, tendrá que venir en buena parte, y afortunadamente, no solamente en pateras, sino también a través de penetraciones por Internet. Va a ser un futuro muy importante.

Termino, de verdad.

No sé si he conseguido dejar suficientemente claro el argumento, pero así como empecé hablando de Tocqueville haciendo una metáfora de su libro «La democracia en América», permítame que termine con otra. Se habrán fijado ustedes que casi todos los que hablamos de Internet utilizamos muchas metáforas, analogías y figuras literarias, porque es muy difícil hablar de Internet, es muy difícil apresarlos.

A mí me gusta pensar en Internet —con esta metáfora acabo— pensando un poco en el Fausto de Goethe. Algunos lo interpretan como una representación de la evolución de la sociedad occidental. Hay un primer Fausto y un segundo Fausto en la obra.

El primer Fausto está en su celda, rodeado de libros y de experimentos en una sociedad tradicional campesina, con un conocimiento libresco y de pequeñas experiencias en su pequeño laboratorio, enseñando a sus alumnos, con un discípulo especial, que creo recordar que se llamaba Wagner, que le daba mucha coba; en realidad no comprendía casi nada de lo que hacía Fausto, pero le halagaba mucho, despreciaba mucho a los demás alumnos y al conocimiento popular. En el fondo no estaba en contacto con Fausto, pero se consideraba discípulo suyo.

En la segunda parte de Fausto, éste coge como compañero a Mefistófeles, sale al mundo y se dedica a hacer grandes empresas: política, transformaciones sociales y agrarias, construcciones, para cuidar a la sociedad y a la humanidad. Ese segundo Fausto es la sociedad más fáustica, más occidental, más de la Revolución Industrial, más potente y poderosa en transformaciones sociales.

Fausto termina con su muerte y, por supuesto, con un perdón, una renovación de su alma. Pero siempre he pensado: ¿Si hubiera un tercer Fausto; si alguien consiguiera escribir un tercer Fausto, si hubiera una continuación de la

sociedad actual, no la tradicional campesina ni la industrial, sino una tercera, qué haría Fausto? Yo me imagino que volvería otra vez a su celda, a su laboratorio, a sus libros, a su pequeña aldea, y allí, otra vez de noche, no tan desesperado como antes, pero sí cansado de trabajar fuera y de hacer tantas transformaciones sociales, se pincharía a Internet, estaría con sus libros, con sus retortas, pero conectado con todo el mundo a través de Internet, y así tendría actividad social, intentaría modificar cosas del mundo, estar en contacto con los demás, pero no ya tanto de una forma real, como lo hizo en su segunda parte, sino a través de lo virtual, de lo digital, y allí estaría también su discípulo Wagner —siempre lo pienso—, sin comprender nada de Internet, pero se habría hecho una especie de ejecutivo de algún servicio telefónico y seguiría de alguna manera dándole caba.

En algún lugar de ese laboratorio, de ese despacho de Fausto, en algún rincón, está esta Comisión de Internet. Si ésa es una sociedad del futuro, esta Comisión forma parte de ese nuevo tipo de sociedad conectada. Yo quiero darles a ustedes las gracias por haberme permitido estar en ese rincón de ese laboratorio con ustedes durante unos minutos.

Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, profesor Seoane, por una intervención que hubiéramos deseado que no hubiera terminado.

A continuación abrimos un turno de portavoces.

En primer lugar, tiene la palabra el Senador Varela, en representación del Grupo Parlamentario Catalán en el Senado de Convergència i Unió.

El señor VARELA I SERRA: Muchas gracias, señor Presidente.

En estos momentos me encuentro como el Wagner de Fausto, porque su comparecencia, señor Seoane, ha sido realmente muy interesante, muy densa. Intentaré aclarar mis ideas, casi casi sin comprender nada, pero por mi culpa, no por la de usted, que ha sido muy brillante.

Usted decía que la finalidad de esta Comisión no puede ser eminentemente técnica y estoy de acuerdo. Al menos mi preocupación va dirigida a los aspectos educativos y sociológicos que tiene Internet para nuestra sociedad. Por ello, me gustaría insistir en el aspecto de las relaciones interpersonales, del cierto consumismo personal, del egocentrismo emocional al que aludía, y ese cierto consumismo personal tiene que hacerse a costa de algo, no puede hacerse a costa de nada.

Viniendo hacia aquí he leído un titular —no he tenido tiempo de leer más— de una entrevista que hacían a Chomsky. El titular decía: Hay un gran peligro en Internet porque parece que hay una relación, pero no es así. Me gustaría que usted reflexionara un poco sobre esto. En cierta manera es lo mismo, trata de la apariencia de relación que existe. Es una contradicción, porque por un lado parece que Internet relaciona a todo el mundo pero, al mismo tiempo, nos aísla quizá más en nosotros mismos, en este narcisismo al que usted aludía anteriormente.

¿Qué consecuencias puede tener esto para la sociedad, para nuestra psicología en un próximo futuro? ¿Nuestra psicología puede adaptarse a estos cambios con tanta rapidez? ¿En qué aspectos puede ser beneficioso y en qué aspectos perjudicial? Los aspectos beneficiosos los vamos viendo, pero sería interesante profundizar en los perjudiciales. Todo ello en cuanto a relaciones interpersonales.

En el aspecto educativo, usted ha dicho que cambia mucho la educación. ¿Realmente está cambiando la educación? ¿Usted nota que está cambiando? ¿En qué aspectos? ¿Qué debería hacerse para que los sistemas educativos se adaptasen a Internet?

La tercera cuestión que quería plantearle está relacionada con la política, con la participación social, de qué manera la sociedad se interesa por lo que ocurre en su país, en definitiva, por la política. ¿Qué relación deben tener los políticos con la gente y ésta con los políticos en el futuro? Son tres preocupaciones que me ha dejado su interesante comparecencia.

El último punto se refiere a la atención a los excluidos. Ése es el gran problema que tenemos. Usted dice que la época de los grandes revolucionarios ya ha acabado. Me permito dudarle y casi espero que no ocurra así, porque no puede ser que exista un mundo con tantos desequilibrios y con tanta gente excluida. De alguna manera, eso tiene que cambiar y ha de ser con una gran revolución. No sé cómo se producirá, pero no puede ser que esos desequilibrios entre el Norte y el Sur se vayan profundizando.

Nada más. Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Gracias, señor Varela.

Por el Grupo Parlamentario Socialista, tiene la palabra el Senador Lavilla.

El señor LAVILLA MARTÍNEZ: Muchas gracias, señor Presidente. Muchas gracias, don Julio Seoane, Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia, por su exposición, que ha sido bastante nítida y se ha centrado de alguna forma en el objetivo que inicialmente había planteado.

Al hilo de su intervención, más que preguntas me surgen algunas reflexiones. Ha intentado plantearnos que Internet es una extensión, una prolongación de la sociedad actual. Yo le preguntaría si conoce alguna tecnología que no sea también una extensión, un reflejo o una prolongación de la sociedad actual. La tecnología es fruto del momento en el que vive y, como muy bien ha dicho, las necesidades sociales intentar desplegar toda la capacidad humana, individual y colectiva, para buscar soluciones concretas al mundo que le toca vivir. Esto es perfectamente asumible. Más que una extensión de la prolongación actual, podríamos decir que casi todas las tecnologías son fruto de esa prolongación de las sociedades actuales y muchas veces responden a necesidades de estas sociedades, es decir, cuando ésta necesita desplegar esa capacidad para buscar una solución, a nivel colectivo destina ese esfuerzo para lograrlo.

Ha hecho referencia también al libro de Fausto. Nos ha retrotraído a la edad en que se escribió y nos lo ha planteado en la sociedad actual en esa tercera fase. Yo relacio-

naría este ejemplo con otro argumento que ha planteado. Desde su punto de vista esta sociedad que le toca vivir a Internet es más conformista y parece que ya no va a haber grandes transformaciones puesto que la sociedad ha cambiado y solamente cabe esperar pequeños retoques. Quiero pensar que no es así. Es decir, creo que Don Quijote, en Internet, tendría muchas más posibilidades porque, como muy bien ha dicho usted, no solamente sería capaz de ir de lugar en lugar viviendo sus aventuras y dejando una reflexión sobre la vida por aquellos lugares por donde pasara, sino que, de alguna manera, con su ordenador, podría plantear extender y plasmar aquellos principios que emanan del libro a mucha más gente en mucho menor tiempo. He estado comprobando algunos datos sobre el perfil de los usuarios de Internet por clases sociales, y podemos decir que, fundamentalmente, los usuarios de Internet pertenecen a clase alta, media-alta y media-media; es decir, en la clase media baja y baja, que supondría aproximadamente un 37 por ciento de la población, tan sólo llega a un 10 por ciento de los usuarios. Vemos que existe una gran diferencia. Por tanto, toda tecnología —aquí englobaríamos a Internet— es fruto del tiempo que le toca vivir. Por consiguiente, no es descaminado pensar que si hay un colectivo cada vez mayor de excluidos, dígame en esta tecnología o en cualquier otra, surgirá algún mecanismo para que estos excluidos intenten conectarse por alguna vía. Cabe un margen sino para una revolución, sí para algún cambio en profundidad, para exigir a los poderes público esos derechos. Porque no nos olvidemos que dentro de poco el acceso a Internet será factible para todo el mundo pero, posiblemente, la capacidad de seleccionar los instrumentos para lograr esos contenidos que van a circular por la red va a discriminar a los que tienen posibilidades de los que no las tienen. Siempre que hay diferencias sociales existe un caldo de cultivo; ha ocurrido a lo largo de toda la historia. Y este proceso de la historia no creo que sea muy diferente de los anteriores; pueden cambiar los ritmos y los objetivos, pero existe un caldo de cultivo para provocar esto.

Por otra parte —poniendo un ejemplo positivo, y cuestionando esa sociedad, que he creído entender casi conformista, de pequeños retoques sobre la estructura general— no hay que olvidar que hoy en día en la mayor parte del planeta existen grandes y profundas diferencias sociales de todo tipo, y mientras que una minoría vive cada vez mejor, una mayoría cada vez vive peor, con lo cual ese equilibrio va a ser tremendamente difícil. Y tenemos el ejemplo de los jóvenes. También discrepo de que sean excesivamente conformistas, tal vez sean más prácticos e intenten destinar su capacidad a objetivos concretos que significan transformaciones sociales. Los jóvenes españoles, los jóvenes occidentales abandonan muchas veces todo lo que tienen por incluirse en ONGs para intentar transformar realidades sociales desde la práctica en aquellos lugares que lo necesitan. Precisamente, Internet, en estos casos, es un instrumento a su servicio para profundizar en estas transformaciones, realizarlas en el menor tiempo posible y, por supuesto, con más medios. Le voy a poner un ejemplo muy concreto. En Soria, mi tierra, hay una persona que está en una fundación en El Salvador. El otro día se puso en con-

tacto con nosotros a través de la red y nos trasladó una serie de mensajes: cómo ayudar, qué habría que hacer, etcétera. Ese mensaje llega a unos receptores y éstos intentan extender esas necesidades a un colectivo social más amplio, con objeto de recoger, como si fuese un embudo, toda esa ayuda y canalizarla a un punto concreto. Esto hace tiempo no sería posible; por tanto, discrepo en cuanto a esa idea de sociedad conformista. Por supuesto, hay jóvenes de todo tipo, pero quiero cuestionar el perfil general de que los jóvenes son conformistas y no buscan una transformación, pues lo vemos a lo largo de sus actividades, de su compromiso social.

Por otro lado, en cuanto a las diferencias entre usuarios de las distintas Comunidades Autónomas de España, y en esa necesidad de cambio y de tutela o de impulso que tienen que dar los poderes públicos, también en la estructura territorial de España vemos profundas diferencias. Ha hablado de diferencias desde el punto de vista de clase social, pero también se observan diferencias desde el punto de vista territorial. Por ejemplo, la Comunidad navarra, con un 12,8 por ciento de penetración en la red, de acceso, tiene un 10,3 por ciento de población conectada, a una distancia muy grande de otras Comunidades Autónomas como Murcia, Extremadura, Andalucía, analizando los datos de una manera proporcional, no tomando el volumen absoluto de usuarios, sino la variable población. Por tanto, sí vemos diferencias.

También vemos diferencias desde el punto de vista, por ejemplo, del sexo, de tal forma que los hombres tienen acceso en un 63,1 por ciento y las mujeres en un 36,9; hay una diferencia sustancial en cuanto a la proporción de hombres y de mujeres que lo utilizan. Pero si observamos los usuarios, es decir, de las personas que tienen acceso cuántos lo usan, veremos que los hombres lo utilizan en un 70,4 por ciento y las mujeres tan sólo llegan al 29 por ciento. Esta discriminación que existe, estos marginados de los que usted hablaba, se puede encontrar entre norte y sur, dentro de la estructura territorial, dentro de las clases sociales y también por sexos.

Enlazando con ese planteamiento que usted ha expuesto, como la tecnología es fruto de su tiempo, cabe pensar que, como las diferencias son tan grandes, de alguna manera Don Quijote tendría su papel en la red, tendría su función, y lo único que puede hacer la red es profundizar en los objetivos y el humanismo que pregona, en esa capacidad de transformación, pero no con ese conformismo que yo he creído observar en su primera intervención.

Muchas gracias, señor Presidente.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, señoría.

A continuación tiene la palabra, por el Grupo Parlamentario Popular, el Senador Martínez Oblanca.

El señor MARTÍNEZ OBLANCA: Muchas gracias, señor Presidente.

Gracias también a usted, señor Seoane, por su muy interesante aportación a la Comisión. Cuando usted hablaba recordaba las conversaciones que he mantenido con el Presidente de la Comisión, y creo que tiene en él

un aventajado alumno, porque las referencias que usted apuntaba se las había escuchado al Presidente. Y eso dice mucho de los valencianos. Hace unos meses la Comisión visitó un proyecto o mejor dicho una auténtica realidad, Infoville, en Valencia, y todo eso unido a las aportaciones valencianas a esta Comisión me hace pensar que viven ustedes en una Comunidad que lleva bastante adelantado en materia de redes informáticas y de Internet, de lo cual me felicito, y además agradezco su intervención, porque ha sido muy directo, muy preciso, con un lenguaje muy internáutico.

Quisiera plantearle algunas cuestiones. En su exposición, señor Seoane, decía que viajando por Internet se ven los aspectos más poderosos de la sociedad, incluso se llegan a apreciar los sentimientos de la sociedad. Precisamente la pasada semana aquí en Madrid se celebró un debate en el que se alertó sobre el riesgo de que el idioma, el escritor y el libro se conviertan en víctimas del próximo milenio. Parece que la aceleración técnica, la revolución tecnológica puede tener una incidencia negativa sobre la conducta de las personas, y en ese contexto el reciente premio Nobel, José Saramago, destacaba el empobrecimiento de nuestros idiomas y de nuestros sentimientos. Decía que estábamos sometidos a una especie de dictadura de la imagen, del ruido y de la propaganda. Me llamó la atención una expresión del propio Saramago, que decía que sobre un disco duro no se puede llorar, refiriéndose a la aparición de muchos más analfabetos funcionales, incapaces de adaptarse a esa revolución tecnológica, incapaces de reflexionar, de pensar por sí mismos y sometidos a ese trepidante ritmo de la tecnología.

Desde su punto de vista, señor Seoane, ¿corremos realmente el riesgo de modificar negativamente nuestra conducta por atarnos a una pantalla y a un teclado? Y, si ese riesgo existe, ¿se puede combatir con una correcta educación o cómo se puede atajar? Precisamente hablando de aspectos educativos —y usted incidía en ello—, decía que Internet se renueva en cada momento. Este fin de semana se celebró en Barcelona —y la prensa lo recoge hoy—, en el Museo de la Ciencia, un seminario titulado «Ideas para una cultura científica», en el que se subrayaron algunos aspectos muy interesantes. Por ejemplo, se reconoció que los cambios en el campo de la educación, respecto a la inclusión de las ciencias en la cultura general, son muy lentos, tan lentos que llegan a estar desfasados, lo cual choca con ese proceso de renovación que usted apuntaba antes en su intervención. Los profesores parece que se acomodan. ¿Cómo cree usted que se puede vencer ese acomodamiento del profesorado? ¿Cómo podemos acelerar los cambios educativos para adaptar la educación a esa renovación permanente que es Internet?

Ya que hablamos de temas educativos, me parece que usted, por lo que he estado mirando en la propia red, tiene publicados libros para la Universidad de Educación a Distancia, la UNED y quería aprovechar el viaje para plantearle, más que una pregunta, una curiosidad: ¿tiene usted percepción de que el universitario español está utilizando ventajosamente los beneficios que proporcionan las redes informáticas, que proporciona Internet, o si ésta es todavía

una asignatura pendiente entre los universitarios españoles?

Se refería usted, dentro de las actitudes sociales en la red, a la imposibilidad de controlar Internet. Sin embargo, precisamente hoy en un diario nacional se publicaba el control de audiencia, los sitios más visitados por los internautas desde el año 1996 hasta 1998. Curiosamente coinciden muchos de los sitios más visitados. Da la sensación de que algunos sí consiguen atraer la atención del internauta y, de alguna manera, teledirigir a ese internauta; es una forma de control. Me gustaría, si fuera posible, que me hiciese alguna reflexión respecto a las audiencias en Internet.

Por último, quiero referirme a algo en lo que también han incidido los Senadores Varela y Lavilla, lo que usted calificaba muy acertadamente como grupo de los excluidos: excluidos voluntarios, aquellos que se asustan de incorporarse a la red, a las nuevas tecnologías; y excluidos involuntarios, aquellos que desgraciadamente, por sus condiciones sociales, económicas, de país, etcétera, son incapaces de acceder a la red. Me gustaría, por favor, que insistiese en este tema.

Nada más, simplemente agradecerle nuevamente, en nombre de mi Grupo y creo que en el de toda la Comisión, su intervención.

El señor PRESIDENTE: Gracias, señoría.

Para responder, tiene la palabra el profesor Seoane.

El señor SEOANE REY (Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia): Gracias a todos ustedes por haber destacado aspectos de lo que yo he dicho, aportando ideas nuevas y destacando algunos defectos —dicho desde mi punto de vista, porque ya sé que ustedes no lo han dicho— de mi propia intervención. En honor a ustedes no voy a contestarles cosa por cosa. Si algo les importa no quiero escaquearme de ello —yo estoy dispuesto a contestar a todo lo que quieran—, pero por cortesía voy a generalizar un poco.

Uno de los aspectos que parece que ha llamado más la atención y que ha generado una cierta discrepancia, porque casi intentan ustedes corregir un poco lo que yo he dicho —los tres, de alguna forma, se han referido a ello, aunque quizá el Senador Lavilla es el que lo ha puesto más de relieve—, se refiere a ese cierto conformismo que se desprende de mi intervención. Yo no mencioné la palabra conformismo, pero es igual, porque la haya mencionado o no puede desprenderse de mis palabras, pero evidentemente me expresé mal. No estoy intentando decir que las generaciones actuales o de Internet esté acomodadas o estén sin querer transformar las cosas. Intentaba referirme a las actitudes romántico-revolucionarias, a las actitudes de que un líder carismático —estoy exagerando, estoy caricaturizando para expresar mejor mi argumento— intentara cambiarlo y revolucionarlo todo. Eso no está de moda. No solamente no está de moda, sino que en los estudios sociológicos y psicológicos que se hacen en la actualidad correlaciona negativamente con los países democráticos, lógicamente. Es decir, cuando se hacen encuestas y se pre-

gunta a la gente si cree que este país está bien como está y que no hay que tocarlo porque va todo estupendamente, o si hay que modificar cosas relativamente importantes, o si este país necesita un repaso de arriba abajo, entre esas tres opciones en casi todos los países que tienen sociedades democráticas estabilizadas y sobre todo de larga duración se acumula la gente en el aspecto de hacer modificaciones importante, ni un conformismo ni tampoco una actitud revolucionaria. Los países donde el 90 por ciento de la población opina que hay que hacer cambios drásticos de principio a fin en su sociedad están sujetos a vaivenes que no son típicos de las sociedades democráticas.

A lo que me refería no era a un conformismo en el sentido de aceptar las diferencias o la explotación, etcétera, sino a una actitud de una cierta estabilidad social, de no intentar romperlo todo en cualquier momento y cambiarlo todo. Yo creo que en las generaciones actuales eso se da y no como una actitud conformista, sino como una actitud menos paranoica de intentar darle la vuelta a la sociedad y hacerla de nuevo. A eso me intentaba referir. Al no expresarme correctamente ha dado la sensación de una cierta apatía o pasividad que no es cierta. Los movimientos sociales —no ya las ONGs— ponen de manifiesto que no hay pasividad, que hay actividad, pero ningún movimiento social intenta cambiar la sociedad de arriba a abajo; intenta cambiar un aspecto de la sociedad, que el movimiento de la mujer haga esto, que el movimiento de medio ambiente haga lo otro, etcétera, pero no hace un cambio revolucionario en toda la sociedad. Yo creo que hay un cierto acuerdo, en general, por el que aquellos países que tienen más años de sistema democrático ininterrumpido son aquellos que tienen actitudes menos revolucionarias en el sentido —a lo mejor lo expreso mal o la palabra es poco adecuada— de pensar que en cualquier momento es posible realizar un cambio drástico fundamental en la sociedad. Desde ese punto de vista, no. Quijotes sí, quijotes navegando por la red yo creo que sí es posible, afortunadamente.

Eso me lleva a otro aspecto, que es el de las relaciones interpersonales. Ese tipo de relaciones más superficiales, con menos profundidad, ¿pueden traer perjuicios, patologías, etcétera? Por supuesto que pueden traerlos pero yo lo enfocaría quizás no a Internet, sino a un problema de la sociedad actual. Cuando la sociedad agrícola se va transformando en una sociedad industrial, cuando la gente del campo se mete en las grandes urbes, trabaja en fábricas, cambia el tipo de familia, etcétera, evidentemente se produce una serie de trastornos, anomalías o, como decían los clásicos, una anomia social. Digamos que todo cambio dentro de la sociedad provoca siempre ciertas inconveniencias, ciertas patologías de adaptación, ciertas exageraciones, etcétera. Yo no creo que sea Internet especialmente la que provoca eso. Lo que está ocurriendo es que, con Internet o sin ella, la sociedad actual está cambiando y el tipo de relaciones es distinto. El tipo de relaciones que se tenían en la aldea, en el ámbito clásico tradicional, con un campesinado, una familia amplia, un tipo de religión, etcétera, no es igual al tipo de relaciones que se establecen en la ciudad. ¿Cuál es mejor? El mejor es el más adecuado a la so-

ciudad de cada momento. En esto permítanme que sea muy funcional. Es decir, intentar tener relaciones industriales en una sociedad agrícola es fatal; intentar tener relaciones agrícolas en una sociedad industrial es fatal. Cada sociedad fomenta un tipo de relaciones que yo no sé si son malas o buenas, son inevitables, es el tipo de sociedad que existe. En la sociedad actual las relaciones emocionales que establecemos son más superficiales, menos controladoras, intentan manipular menos a los demás; también son, repito, emocionalmente más simples, más variables, y eso Internet lo potencia porque es típico de la sociedad actual, es típico de Internet porque está en la sociedad. Por lo tanto, no sería criticable Internet, si es que eso es criticable, cuestión discutible. Ahora bien, ¿que va a producir patologías? Ya las está produciendo, sin duda alguna. En primer lugar, porque en estos momentos conviven en cada sociedad diversas generaciones que no están acostumbradas a eso. Hay generaciones que se han socializado teniendo relaciones más estables, más profundas, más románticas, más duraderas, estableciendo más lazos no sé si de por vida o casi, etcétera, mientras que hay otras generaciones que ya no. El problema entre generaciones —yo no me refiero ya a padres-hijos, sino entre hermanos, entre gente todavía más afín— está dando lugar a patologías, problemas de comunicación, problemas de adaptación a la sociedad, etcétera, como lo produjo la sociedad agrícola cuando se transformó en una sociedad industrial, ni más ni menos. Por lo tanto, yo me preocuparía por estas patologías, por estas desviaciones que pueden producirse, no debidas a Internet, pero no más que por las producidas en otro momento en que la sociedad ha cambiado. La sociedad que tenemos está cambiando, cambia a mucha velocidad y eso produce trastornos, sin duda. Hay que enfrentarse a ellos con normalidad y atenderlos, pero sin más, creo yo.

Todos ustedes también han hecho hincapié en la educación. Por supuesto que el mundo educativo está sufriendo un impacto terrible con Internet y con todos los medios actuales. ¿Se está aprovechando bien en la universidad, en la educación, la tecnología actual? Yo creo que no. Hay sitios muy interesantes y experiencias apasionantes en universidades extranjeras y españolas —en Valencia se hace esto, en Barcelona se hace lo otro— pero, en general, en conjunto, yo creo que no, que en Internet y en el mundo de la electrónica se están metiendo los universitarios no por ser universitarios sino por ser gente joven, que lo están aprovechando. Nosotros, los profesionales de la educación, también lo hacemos, pero dentro de la institución es muy difícil, porque la institución universitaria, el sistema educativo en general, está haciendo «crack», se está rompiendo por todos los lados. El problema que vamos a tener es qué hacemos con ese monstruo que tenemos creado y que ya no se adapta a la sociedad actual. Tendrá que desaparecer o transformarse de alguna manera. Hay que ser sinceros y hay que decirlo.

Hace poco un psicólogo, creo que es, ha puesto la siguiente imagen: si «Scully» y «Mulder», protagonistas de «Expediente X», cogieran a una persona occidental francesa de la época medieval, la llevaran a Marte y la devolvieran ahora, a finales del siglo XX, esa persona que estuvo

en Marte durante todo este tiempo no reconocería de nuestra sociedad prácticamente nada, iría por la calle y no vería caballos, vería unos coches e instrumentos raros, la gente vestiría de una forma muy extraña, el tipo de trato y relación sería distinto, vería a la gente pegada a las paredes apretando botones y sacando dinero, no entendería absolutamente nada salvo cuando viera a un grupo de niños entrando con una persona mayor en un patio porque diría: ahí hay una escuela. Porque el sistema de educación de unos cuantos niños con un profesor entrando en un sitio y transmitiendo la educación de boca a oreja no ha cambiado absolutamente nada. Ha cambiado el vestido, la manera de tratarlos, pero la técnica es la misma. Aunque hubiera estado 300, 400 ó 500 años fuera lo reconocería perfectamente. ¿Qué quiere decir esto? Que el sistema educativo que tenemos está haciendo «crack», tiene que ser radicalmente distinto y lo vamos a sufrir toda la sociedad y especialmente los que estamos dentro de ella. Lo vamos a sufrir, no; estoy mintiendo por dejarlo un poco bonito, porque lo estamos sufriendo ya de una manera terrible, de una manera dramática, porque ya se están dando en todos nosotros —por supuesto en los alumnos también— trastornos, patologías, desesperaciones, depresiones, etcétera, porque está cambiando todo y lo que estamos haciendo ya no responde a la realidad. Todos los días recorremos el mismo camino de casa al sitio de enseñanza sabiendo que lo que vamos a hacer es prácticamente inútil, y eso es terrorífico.

Perdonen que cargue la mano en un aspecto que me toca de cerca; si tuviera otra profesión estaría cargando la mano en otro aspecto, pero, como me dedico a ésta, prefiero subrayar estos aspectos.

Si no he contestado a algo, están en su derecho de hacerme saber en el siguiente turno. Estaré encantado de que me recuerden que no he contestado explícitamente a algo, para poder dar respuesta a sus inquietudes.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, Profesor Seoane.

A continuación, abrimos un turno de preguntas.
En primer lugar, tiene la palabra el Senador Varela.

El señor VARELA I SERRA: Gracias, Profesor Seoane.

Quisiera recuperar una de las preguntas que he formulado antes referente a cómo cambiarán los ámbitos de la política en el futuro, o cómo deberían cambiar.

No me resisto a volver a incidir en el interesante debate que hemos tenido sobre si en el futuro habrá o no un revolucionario romántico estilo Garibaldi o Lenin. No sé si lo habrá, pero lo que sí está claro es que no puede darse esta situación de desequilibrio existente entre sociedades distintas en un mundo global cada vez más grande.

Usted dice que la sociedad está cambiando muy rápidamente, y ello es en sí mismo la gran revolución a la que estamos asistiendo. Todo lo que rodea al caso Pinochet, por ejemplo, la aplicación del concepto de justicia universal para futuros dictadores es un cambio significativo. Otra reforma, el acceso de la mujer al trabajo y su lucha por alcanzar una situación de igualdad con el hombre, ha sido y es, porque todavía hay que luchar mucho en ese sentido,

una gran revolución. Igual que se han dado estos cambios, llegará un momento en que desaparezcan los desequilibrios que existen entre el norte y el sur. Es absurdo pensar que en África accedan a Internet cuando ni siquiera tienen ordenadores, y, como esta desigualdad no es admisible, de alguna manera tendrá que corregirse.

Me gustaría que volviera a mencionar el último aspecto que ha comentado, el referente a la educación. Ha hecho una exposición muy viva y visceral y dice que estamos sufriendo esa situación. ¿Qué podemos hacer desde la política para evitar lo más rápidamente posible que sufran menos y durante menos tiempo?

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, señoría.
Senadora Vindel, tiene la palabra.

La señora VINDEL LÓPEZ: Muchas gracias, señor Presidente.

Me sumo a la felicitación y bienvenida dada al profesor Seoane.

Quiero darle las gracias especialmente porque, personalmente, me ha quitado un peso de encima. El hecho de no tener que ser revolucionario «per se» y por naturaleza me da una gran tranquilidad; cosa distinta es que queramos o podamos ser revolucionarios, entre comillas, entendiendo en esta Comisión el concepto de revolución como finales del siglo XX.

Esta Comisión tendrá que presentar un informe, debatir unas conclusiones y presentarlas en el Pleno para su aprobación. Por eso, profesor Seoane, me gustaría que nos pudiera adelantar o facilitar algún concepto más o menos revolucionario que usted considere necesario que figure en las conclusiones de esta Comisión.

Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, señoría.
Senador Ramírez Pery.

El señor RAMÍREZ PERY: Muchas gracias, señor Presidente.

Gracias, señor Seoane. A sabiendas de que esto es un verdadero bombardeo de preguntas y de que disponemos de muy poco tiempo, me voy a limitar a pedirle que dé unas pinceladas acerca de tres ideas que me han surgido a partir de su disertación: La primera, información «versus» reflexión; la segunda, espontaneidad «versus» cultura; la tercera, ¿quién va a parar este fenómeno, señor Seoane, para que los retrasados tengan tiempo de incorporarse?

Nada más. Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Gracias, Senador Ramírez Pery.

En este mare magnum de innovaciones su señoría acaba de formular la primera pregunta parlamentaria con forma de pregunta test.

Tiene la palabra el Profesor Seoane.

El señor SEOANE REY (Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valencia): Supongo que son uste-

des perfectamente conscientes de que me están formulando preguntas retóricas, en el sentido de que es evidente que no tengo las respuestas. ¡Ya me gustaría poder responder adecuadamente a las preguntas que me están formulando! No quiero cometer el error, por estar aquí sentado, porque ustedes me pregunten y por cortesía hacia su persona, de, haciendo un esfuerzo, responder cosas que realmente no sé. Lo que sí puedo hacer es dar alguna opinión suelta a los asuntos que me están comentando.

Me preocupa la interpretación que se le está dando a parte de mi intervención, o al menos así me parece por alguna de las preguntas que me han formulado, en el sentido de que se está entendiendo en un polo de progresismo-conservadurismo, y no era ésa mi intención.

Creo que se están dando grandes revoluciones, una de ellas es Internet, pero la gran revolución es la sociedad actual, que está cambiando drásticamente cada día en menos tiempo y a más velocidad. El ejemplo que siempre ponemos en las clases es que hace trescientos años un padre le contaba a su hijo cómo era la sociedad, le daba normas de comportamiento y esas normas le valían al hijo para toda su vida; es más, le servían también para transmitírselas a su propio hijo, es decir al nieto del primero, porque lo que le contaba seguía siendo suficiente para que viviera el resto de su vida. Es decir, que una sociedad cambiaba lentamente. Actualmente no es así, y lo que aprendemos de pequeños para funcionar en la sociedad ya no vale a los cuarenta años —por eso hablamos de la socialización de los cuarenta años— y cuando tenemos setenta años no entendemos absolutamente nada de la sociedad que nos rodea. No es que no se lo podamos contar a nuestro hijo, es que no nos vale ni para nosotros mismos. Es decir, cambia rápidamente, y eso puede ser entendido como revolucionario. Lo que ocurre es que lo revolucionario suele adscribirse a personajes aislados que arrastran a los demás, y eso es menos frecuente en la actualidad; es más, es poco democrático, dicho en un lenguaje llano. La revolución actual consiste en que las gentes se asocian y producen cambios importantes, y eso es lo que ocurre; no se trata de una única persona, de un visionario o alguien carismático que, iluminado, de repente ve la verdad. Ese tipo de actitudes no sólo no son frecuentes en las generaciones actuales, sino que éstas las rechazan y las ven con miedo, cosa que no me extraña.

¿Hay cambios importantes en la sociedad actual? Claro que sí. A nivel de participación social ya saben ustedes lo que está ocurriendo, que los ciudadanos nos negamos a participar sólo cada cuatro años porque nos parece muy poco; nos parece necesario participar cada cuatro años, pero durante ese período de tiempo queremos seguir mandando. Eso es lo que está ocurriendo. Es decir, durante cuatro años queremos presionar para cambiar un horario, una Seguridad Social, la zona en la que vivimos...; en definitiva, queremos participar cotidianamente en la vida que nos rodea. Ése es el cambio que ustedes están percibiendo.

El discurso clásico de la política tradicional está aburriendo a las nuevas generaciones, por eso se ha dicho durante mucho tiempo que las nuevas generaciones son apolíticas. ¿Por qué? Porque cuando oyen el discurso de un

político no se identifican con lo que dice, pero es que el político les está hablando de problemas de la generación pasada. Si les hablase de medio ambiente, de tipos de vida actuales, de sistemas de educación, del problema de las drogas, etcétera, la gente respondería. Las generaciones actuales están politizadas, pero en el sentido actual de la palabra, no en el clásico; si se les quiere dar un catecismo revolucionario, no. Hay un anuncio que refleja muy bien, a modo de caricatura, lo que ocurre en la sociedad actual, y los publicistas saben muy bien cómo es la sociedad actual. Dice algo así: Si no elegiste a tus padres, si tampoco elegiste a tu novio porque te eligió a ti, por lo menos elige el coche.

Por eso creo que la participación política actual tiene que cambiar radicalmente, pero no por el hecho de que aparezca Internet, sino porque la actitud de las nuevas generaciones les induce a participar conjuntamente en aspectos importantes de su propia vida. Internet lo que va a hacer es potenciar mucho esa actitud, porque se van a poder meter en aspectos del Senado, del Congreso, y lo que es más importante, van a poder asociarse con más facilidad y, al asociarse con más facilidad, van a poder presionar mejor a las instituciones y a los gobiernos para modificar la sociedad a su gusto. Esto sí se va a hacer y no es conformista. Lo que no habrá será un líder revolucionario y visionario.

Uno de los temas que ustedes han tocado es el de la diferencia entre hombres y mujeres. Efectivamente, hay diferencia entre hombres y mujeres en el manejo de Internet, y hay problemas. Hay diferencias sociales, no solamente en aspectos del Tercer Mundo, sino dentro de nuestra sociedad, pero ello corresponde a lo que ya está pasando en la sociedad. Es un hecho que votan más los hombres que las mujeres, es un problema cultural que está ocurriendo, pero cada día es menor. Que la diferencia de participación femenina y masculina es más acusada en los países mediterráneos latinos, de origen y cultura católica que en los países centrales de cultura protestante, por mencionarlo así —me estoy refiriendo a Max Weber—, es conocido. También es un hecho que aquí hay menos implicación en política, que la gente está menos metida emocionalmente y se habla menos de política que en los países de tradición cultural protestante, lo que se refleja también en Internet. Es decir, existe una serie de diferencias en la sociedad que afortunadamente están disminuyendo paulatinamente, y que se reflejan también en Internet, pero no son de Internet sino de la sociedad.

¿Que hay diferencias sociales? Claro que las hay, y se reflejan en Internet, pero no son de Internet, son de la sociedad actual. En estos momentos lo más importante no es que haya excluidos de Internet, lo grave es que esas personas están excluidas de otras cosas más básicas. Pero no se van a conformar con ello, cada día se asociarán más y se colarán en Internet por cualquier puerta. Los medios electrónicos tienen múltiples posibilidades para introducirse en ellos. Luego se les cierra, pero estarán serpenteando como auténticas novedades, virus y serpientes por todas las redes del mundo. Por lo menos eso espero y creo que será muy positivo para el nuevo entendimiento de lo que está ocurriendo en las sociedades actuales.

Senador Ramírez, ha formulado una pregunta tipo test y ahora comprendo lo mal que lo pasan mis alumnos con las preguntas objetivas, porque es difícil contestar. Se están produciendo unos cambios que tienen dimensiones polares radicales entre relaciones emocionales profundas y superficiales, entre una educación clásica, entre leer un libro, pasando página a página y repasando la página anterior, o leer la pantalla. A una persona como yo, acostumbrada durante años y años a tener delante la página en blanco con el bolígrafo para empezar un trabajo o un artículo, a estar proyectándome delante de una página en blanco para empezar a escribir algo, tener que mirar una pantalla en blanco me supuso dejar parte de mi estructura neuronal en ello. Es decir, mirar una pantalla y decir: tengo que escribir ahí, me costó mucho. Afortunadamente, tuve buenos maestros, me introdujeron en todo ello hace mucho tiempo y me habitué, pero realmente se están produciendo unas dimensiones entre una cultura clásica de libros y una cultura tipo Internet muy fuerte.

¿Qué le va a pasar al libro? Pues que cambiará. ¿Qué le pasaba al libro en la época medieval? Que existían muy pocos libros, que había unos copistas que lo hacían con una letra muy especial y unos dibujos muy artesanales, que corrían los libros de convento en convento, y cuando empezó la imprenta cambió radicalmente la concepción del libro. Actualmente, en la sociedad actual escribimos más que leemos, lo cual es inconcebible. Anteriormente todos leíamos un único libro, la Biblia; ahora escribimos más que leemos. ¿Ello es un cambio? Claro que es un cambio. ¿Va a cambiar actualmente el libro? Radicalmente. Ya ha cambiado dos o tres veces en lo que llevamos de cultura occidental. El libro aparecerá en pantalla.

¿Ustedes creen que es normal —y perdonen que lo plantee de una manera tan coloquial— que pueda meterme en muchas librerías del mundo, recordar mis temas preferidos, hacer cruces de palabras para encontrar el libro exacto que necesito para mis trabajos actuales, lo pinche, lo compre, transfiera mi dinero, me contesten en ese momento diciendo: recibido, transferido su dinero, libro en marcha, y a partir de ahí, un propio se levante, coja el libro, coja un tren, coja un avión, llegue a mi casa y me entregue el libro? Es compatibilizar dos mundos que no tienen nada que ver. ¿Cómo es posible que lo haga todo electrónicamente y al final tenga que venir un señor en avión, en tren, como si fuera el correo de principios de siglo norteamericano, atravesando lugares para entregarme físicamente el libro? Lo normal, en nada de tiempo, será que pueda pinchar y recibir el libro electrónicamente. Eso será lo lógico, es inevitable. ¿Que luego lo quiero tener en papel? Lo paso a papel. ¿Que lo leo en pantalla? Lo leo en pantalla. ¿Que doy saltos por el hipertexto? Los doy.

Vuelvo a repetir, entre la concepción del libro medieval en un convento de dominicos, reproduciéndolo a mano, a lo que tenemos ahora, el cambio es terrible. Vamos a tener otro cambio en el que el libro se convertirá en otra cosa; no debemos agarrarnos tan desesperadamente a él porque nos lo van a quitar de las manos, queramos o no queramos. Pero el libro no ha muerto, simplemente se transforma en

otra cosa, como ha ocurrido siempre. Si no he contestado a algo, les ruego me lo recuerden. (*Pausa.*)

El señor PRESIDENTE: Intuyo que han quedado respondidas todas las preguntas.

Profesor Seoane, le agradecemos su aportación a nuestro trabajo, que ha sido tan interesante y tan viva como el fenómeno que estamos analizando.

Suspendemos la sesión por cinco minutos para recibir al próximo compareciente. (*Pausa.*)

— COMPARECENCIA DE DON JOSÉ MANUEL MORÁN CRIADO, MIEMBRO DEL CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (715/000251).

El señor PRESIDENTE: Reanudamos la sesión con la comparecencia de don José Manuel Morán Criado. Es un honor para esta Comisión tenerlo con nosotros.

Daré algunos datos, de los que no sé si disponen sus señorías, que les anticiparán el interés que puede desprenderse de esta comparecencia: Don José Manuel Morán ha estado 24 años en Telefónica, ha sido Subdirector General de la misma, ha sido Presidente de la Comisión Delegada de Fundesco y, en la actualidad, es Consejero del Consejo Económico y Social de España, a propuesta de la Unión General de Trabajadores.

Tiene la palabra don José Manuel Morán.

El señor MORÁN CRIADO (Miembro del Consejo Económico y Social): Quiero darle las gracias al Presidente de la Comisión, el Senador González Pons, al que tuve la suerte de conocer este verano en un curso universitario que él inauguró y al cual me había invitado a participar la Fundación Cánovas del Castillo para que explicara cómo veía yo el desarrollo de la sociedad de la información.

Me encanta que ustedes me hayan invitado aquí, pero me gusta mucho más como ciudadano que el Senado haya tomado la iniciativa de crear una Comisión sobre Redes Informáticas.

Previamente a entrar en la sesión comentaba a algunas de sus señorías la ironía que ha supuesto siempre para este país ver la revolución tecnológica en la que está inmersa el mundo como algo ajeno a la vida parlamentaria y, si me apuran, a la vida del Gobierno y a la vida de la oposición. Se habla retóricamente de la sociedad de la información, se habla retóricamente de que estamos en un cambio sin precedentes, pero nunca se aborda el análisis de lo que está ocurriendo y nunca se pasa de las primeras anécdotas. Recordaba que hace veinte años en el Congreso de los Diputados, conseguimos que un Ministro y un Diputado del Grupo Parlamentario Socialista se enzarzaran en un debate sobre el cambio tecnológico que iba a suponer la introducción de la conmutación electrónica en las redes telefónicas. En aquellos momentos había habido un debate en la Cámara de los Comunes sobre el papel de la industria inglesa en el desarrollo de este tipo de tecnologías. La conmutación electrónica permitía incorporar a las redes tele-